

ATHENEAE

ORGANO DEL
ATENEEO DE COSTA RICA

Núm. 6

Tomo II

SAN JOSÉ
COSTA RICA

1918

30 Cts.

TIP. TREJOS HNOS.

CREMA VIRGINEA

La mejor para quitar las pecas y las manchas de la cara.

BOTICA CENTRAL, SAN JOSE

PUROS FILIPINOS de las más afamadas fábricas de Manila

SHOYU KIKKOMAN salsa japonesa para las comidas

SAKEFUKI delicioso licor popular japonés

Canastillas, Petates, Pantuflas japoneses de todo estilo

LA MARINA

EDUARDO CASTRO SABORIO

APARTADO 979

TELEFONO 584

J. P. ZAPATA ENCUADERNACION

Se hacen los trabajos más finos y más baratos

Lo mejor en Centro América

150 varas al Sur de la Botica Francesa

LA MAS BARATA * LA MEJOR SURTIDA

LIBRERIA TORMO LIBRERIA

AVENIDA CENTRAL, FRENTE AL BANCO MERCANTIL

TOMO II

ATHENEA

No. 6

ORGANO DEL ATENEO DE COSTA RICA

Toda correspondencia relativa a ATHENEA
debe dirigirse al apartado 113

Del 12 de Octubre

Para Athenea

Señor Secretario del Ateneo:

Muy señor mío y amigo: Nada quería decir yo, acerca de tan glorioso recuerdo como éste de hoy 12 de octubre; puesto que ahora es el caso de repetir aquello de «Doctores tiene la Iglesia».... «Este cura», como también suele decirse, hablando con humildad de sí propio, apenas puede hacer otra cosa que admirar, por lo común, lo que otros dicen, generalmente muy bien dicho, a su parecer. Ya no me considero capaz de cosa mayor; y no falta quien asegure que me corro bastante del lado de elogios y admiraciones de lo ajeno.... ¡Mejor! Sería envidia mía del revés.

Tampoco falta, entre mis mejores amigos y compatriotas, quien diga a boca llena que mejor habría valido a Colón y España, que aquel buen sabio—ahora en vías y proceso de santidad—no hubiese parecido entonces por casa. Nunca faltaría quien le ayudara, más o menos tarde, a descubrir este bendito Nuevo Mundo, aunque fuesen los Chinos por un lado, o por el otro los Ingleses.... Y con eso, éstos no tendrían, después, que andar por la costa nueva haciendo de las suyas—vulgo piraterías—, técnicamente consideradas elementos de civilización humana, sin dejar de ser provechosas para el inglés: nada más lógico que semejante concierto de lo nacional civilizador y lo universal humano.... y pellizcos civilizados.

«Sin haber dado con ese Nuevo Mundo—decía mi aludido paisano—, ni menos pensar en su cristianización y cultura, en este propio Mundo Antiguo, aquí no más, teníamos los Españoles Argelia y el Mogreb y Africa entera, rica en oro y diamantes, y en gentes que hacer trabajar en provecho de sí mismas y el nuestro también.... Pagariamos, además, la visita que aun debemos a nuestros vecinos Moros. Los cuales, cierto, sí, como era de razón y equidad, les dejábamos sus propias devociones, poco rechazarían nuestra dominación, que en todo caso podíamos imponer por fuerza, ya que no de grado.... ¡La riqueza del suelo, sus hombres superiores casi hermanos nuestros, y, mayormente, nuestro empuje, nos llamaban!»...

Posiblemente—digo sin permiso de la Real Academia, que no lo admite aún—habré cambiado yo algunas palabras, o añadido ideas secundarias a la frase sólida y sintética de mi amigo; pero en el fondo bien clara está su opinión filosófica sobre punto tan capital de la historia de España. Poco después del famoso Descubrimiento, y sin perjuicio de hazañas en América, ya el Cardenal Jiménez de Cisneros puso una pica en Orán, y habría seguido aquella magna empresa cercana, sin las románticas rivalidades entre Carlos Quinto y Francisco Primero. ¡Qué locura de sangre y oro españoles, inútilmente derra-

mados en Europa, en vez de serlo en Africa con provecho de España y la humanidad entera!

Pero; ¿a qué corregir la historia, después de hecha como quiso Dios?... Ya un remotísimo abuelo mío, moro de paz y casi cristiano nuevo, dijo en su lengua y traduzco: «Lo que sucedió es lo mejor». Descubrió España y conquistó, cristianó, civilizó estas Américas que hablan aún su lengua, pónganse el apellido que gusten.... y «sucedió lo mejor que podía suceder»: muchas repúblicas, algo inquietas primeramente, como niñas mimadas de gente rica; mas, luego han ido entrando en caja y, según crecen se van formalizando, hasta punto de ponerse en bien con su señora madre, olvidando antiguas desazones, que apenas son ya la comidilla de algunos descarriados en latras charlitanas.

Buena prueba de esa evolución—política, social, humana—me parece ser esta Fiesta, otoñal de una parte, y de otra en floreciente primavera. La «Fiesta de la Raza», ya no digo que «me parece», sino que afirmo de plano estar perfectamente puesta en el Calendario de la Civilización—cristiana, liberal y moderna—. Ella cita en espíritu y junta, como en ciertas solemnidades de la Santa Grecia de su tiempo, todas estas Repúblicas de una misma lengua y la fecunda madre patria España que se la dejó.... Les dió «la mejor lengua entre las modernas», y entre las antiguas «sólo un poco inferior a la griega».... Son de un sabio filólogo alemán ambas afirmaciones, que no de mis pobres conocimientos en la materia....

A propósito de lengua y lenguas, viene aquí de molde lo que dicen y hacen ya en los Estados Unidos de Norteamérica. «Hay allí más de siete mil aulas donde se enseña el castellano». Un sabio a lo alemán dice, en «The Evening Mall», que «el idioma español es uno de los más admirables medios de expresión de la literatura, la historia y el pensamiento mundiales».... «Una lengua noble y exacta».... «digna de ser estudiada por los hombres y las mujeres que deseen co-

nocer y analizar de cerca la cultura mundial». En plena Sociedad de Maestros «se han cantado las grandezas de España, recordando que si ella fué descubridora y conquistadora, también fué colonizadora y sembradora de cultura»...., que «los españoles, dando una prueba más de la nobleza de sus ideales, casáronse, ante Dios y los hombres, con las mujeres indígenas, iniciando así la creación de una nueva raza—la raza hispanoamericana—, rica en virtudes y pródiga en labores».

Tiene, pues, esta «Fiesta de la Raza» mucho de religión divina y de humana cultura, mucho de espirituales gallardías, americanas y españolas, mucho de honra y provecho para todos, pues ambas cosas caben juntamente en patrióticos corazones que se abrazan.... De tales fiestas saca honra y provecho toda material industria, puede manifestarse en ellas todo linaje de bellas producciones artísticas, y con eso dar ocasión a brillantes manifestaciones del progreso mental en los mismos que las celebran.... Y aun, de mí, sé decir también, que, desde el obligado retiro de mis muchos años, contemplo con profunda satisfacción los juveniles regocijos de tan fausto día, entre americanos y españoles.

Val. f. Ferraz

1918

Dos nuevos Libros

Por los recodos del camino y *Bajo el azul*, se llamarán los dos libros que ha dado a las cajas nuestro amigo y compañero Albertazzi Avenaño. De prosa el primero, de verso el segundo, los dos plenos de corazón y de talento. Antes de dos meses habremos leído las obras de nuestro escritor celebrado y estamos seguros que adelantando la noticia, el público esperará anhelante los nuevos libros. Pueden hacerse pedidos anticipados a Falcó y Borrásé.

Fusión de Sangres

Fué Ana Cardoso una infeliz esclava nacida en casa de doña Ana Pereira Cardoso, y comprada en cuatrocientos pesos a doña Catalina de Palacios por doña Eugenia de Abarca viuda de Calvo, cuando la sierva contaba veinte años; sin que pueda decirse cosa alguna de los progenitores de ésta, ni entrar en otros detalles, pues no llega a tanto el caudal de datos de que para la narración de su vida se dispone.

Tranquilamente debió de correr el tiempo para la parda a juzgar por esa misma carencia de datos, disfrutando así de relativo bienestar, que en algo mitigase las horas acerbas de la vida servil, ya que los registros coloniales no acusan frecuentes cambios de señor, que arrancaran a la moza del ambiente tolerable en que creciera.

No era Ana una negra bozal fina, violentamente plagiada en las selvas de Africa, sino una agraciada morena de tan bella estampa como indole buena, llena de suaves atractivos, y en sus venas circulaba no mezquina porción de sangre española, limpia de tacha; por manera que el señorito de la casa, clérigo minorista, licenciado en ciencias sagradas, que acababa de regresar de León, donde había hecho amplios estudios, tuvo desde luego en casa una perenne, peligrosa tentación.

Que a la postre hubo caída está demostrado, sin género de duda, nada menos que por documento público, o sea una carta de libertad, absoluta y gratuita, otorgada por la excelente señora de la casa, quince años más tarde; documento en el cual, sin expresar razones, renuncia doña Eugenia la potestad dominica que por derecho ejercía, sobre el mulato blanco, *Francisco*, nacido de la mencionada sierva en 1672.

Frizaba Ana entonces en los vein-

titres, y es de presumirse que no se le imponía, en su calidad de esclava, un trabajo ominoso destructor del embeleso de que naciera dotada; porque, a pesar de los hábitos clericales del señorito, tras la primera caída, que dejamos narrada, sobrevino en 1682, una segunda, de que resultó el nacimiento de *Maria*; y ocurrió otra caída número tres, en 1685, que trajo al mundo a *Feliciano*, hijas ambas de la Cardoso.

El padre, en una y otra y otra ocasión, guardó pertinaz silencio acerca de cómo y por qué, en ausencia suya—de 1673 a 1681—la esclava resultaba estéril, en tanto que, presente en casa el licenciado, ocurriese inopinadamente lo contrario.

Pues ha de saberse que en el régimen de la esclavitud, a despecho de las leyes, en aquel tiempo y siempre, jamás opuso el amo obstáculo de ningún género al siervo para su multiplicación, como no lo opuso al bruto; porque lo único que hacía al caso, en tal problema, era el rápido crecimiento de cabezas y del lucro consiguiente.

Doña Eugenia, abuela al par que dueña de las crías, llamó otra vez al escribano para que registrase en su protocolo la libertad de las mulatillas *Maria* y *Feliciano*, hijas de su esclava Ana Cardoso.

Abuela, padre, madre e hijos hacían vida común en la amplia casa solariega situada al oriente, calle de por medio, de la iglesia de San Juan de Herrera.

No obstante la perspectiva de infinitas ventajas que al minorista ofrecía la carrera sacerdotal, en familia tan dilatada y de tanto caudal como la suya, hubo al fin de renunciar a seguirla, y ahorcó bonitamente los hábitos en 1687. Mediante el sacrificio de algunas mulas, amén de algunos reales, obtuvo el título de capitán de

as milicias provinciales, y repudió para siempre el de licenciado, que nadie se empeñó en darle, a disgusto suyo, posteriormente.

La acaldía ordinaria, la depositaría general, el regimiento perpetuo, la sindicatura del convento de San Francisco, y por fin la tenencia de gobernación y capitania general fueron honras y mercedes de que disfrutó el ex-mirorista más adelante, sin perjuicio de sus acupaciones favoritas en agricultura, cría de ganados y de esclavos, comercio y banca, a que de preferencia se entregó.

Raro que no pensase el capitán don Miguel Calvo y Abarca, que así se llamaba el antes licenciado, en contraer ventajoso enlace, rodeado como se hallaba de beldades, por añadidura ricas herederas, siendo él persona adinerada y de gran influencia por su saber y conexiones; pero viniendo valerosamente toda tentación contraria, se conservó tenazmente célibe.

El noble corazón de doña Eugenia no podía reconciliarse con el peligro de que, en faltando ella, la madre de sus nietos, esclava suya, pudiese recaer en servidumbre de extraños; y resolvió concederle gratuita libertad, bajo la condición de que, en vida de su bienhechora, no abandonara la casa de ésta y su servicio. O bien era la Cardoso espejo de criadas, o bien quiso doña Eugenia ahorrar a la cuitada el posible pesar de ser un día separada de sus hijos.

La condición fué por lo demás algo imprevisora. Allá en su fuero íntimo arreglaba don Miguel, siempre el mismo, las cosas a su manera; y pecador empedernido, fué nuevamente causa de que, entre 1691 y 1694, hicieran su apareamiento, uno en pos de otro, con intermedio razonable, *Ana Micaela* y *José Felipe*, cuando la fascinadora liberta contaba la respetable edad de 42 a 45 años.

Si bien no quisiéramos incurrir en nota de malicia, pudiera acaso inferirse de esos hechos, que la mulata no había perdido del todo, con el

usual desgaste de los años, sus prístinos encantos, al parecer tan incólumes como su perfecta fidelidad a través del tiempo.

Esta vez no tuvo doña Eugenia que malgastar sus reales en escribano y papel sellado, pues la pareja de rollizos mulatos surgía a la vida en libertad plena, incondicional, inconvencible, como la del más genuino chapetón arribado a nuestras playas.

Ni es de imaginar, en persona de las bellas prendas morales y de los sentimientos religiosas de la señora viuda de Calvo que los repetidos desórdenes domésticos relatados, pasaran a la cotería de hechos consumados y consentidos, sin condigna censura de su parte; y aun justo parece admitir que ellos no pudieran menos que amargar los últimos años de la bondadosa señora, quien en 1702 hubo de terminar, con el remedio hartamente conocido de la muerte, la serie de sus sorpresas y pesares.

Fué entonces don Miguel árbitro único de la casa, y constituyó definitivamente su familia de la mejor manera que pudo; sin que faltara para la completa ventura de aquel sacudido hogar, sino dos cosas: matrimonio de padres y reconocimiento de la prole.

Pensólo mucho el capitán, concluyendo con esta determinación: absoluta omisión de lo primero y reserva de lo segundo para el tiempo de testar.

Por fin, en 1715 quedó resuelto el problema, así: murió don Miguel soltero, legando un cortísimo patrimonio, consistente en dinero y esclavos, a la Cardoso, para su cógrua; y todo el grueso de su cuantiosa hacienda lo dejó a los cinco mulatos, por iguales partes, previamente reconocidos como hijos naturales suyos.

María y Felicianita obtuvieron excelente establecimiento lo mismo que Ana Micaela, las dos primeras por enlace con José y Francisco Echarría, leoneses, y la última por enlace con José Carranza, maestro platero; Francisco casó en familia

oriunda de Cartago, y José Felipe fue a establecerse en Chiriquí, donde se radicó definitivamente.

De tales uniones surgió, apenas hay que decirlo, numerosa descendencia, que en el curso del siglo XVIII se repartió entre Cartago, Heredia, San José Alajuela, Esparza León y Chiriquí. Puntualizar las ramificaciones que se formaron sería obra para volúmenes.

A partir de la división de bienes del causante y a despecho del color de los herederos, fueron éstos miembros aceptados y reconocidos de la encumbrada familia de Calvo, cuyos múltiples renuevos ostentaban apellidos flamantes, tales como Arburola Ribarén, Hoces Navarro, Arlegui, Maroto, Bazterrica, Días de Herrera, Muñoz Hidalgo, Inza, Ibarra, Iztueta, y muchos otros, de lo más conspicuo de la sociedad cartaginesa.

La misma Ana Cardoso, sin que fuera óbice para ello la indeleble mácula de ex-esclava, fue objeto de cariño y ternura de parte de la señora viuda de Arburola (doña Josefa de Hoces) confidente y fideicomisaria de la ex-cautiva para negocios de ultratumba; siendo un hijo de doña Josefa primer capellán de la menguada capellanía, que para el bien de su alma ordenó fundar la Cardoso.

Con el haber recibido del capitán Calvo no era dable que la fundadora de la familia Calvo Cardoso pudiese adquirir propiedad raíz alguna, cuando a duras penas bastóle el ruin le-

gado para el lleno de sus modestísimas necesidades personales, hasta la edad proecta que alcanzó de más de setenta años.

Pero en medio de su gran pobreza vivió Ana contenta contemplando con positivo deleite la ventura de sus hijos y nietos, árbitros de su albedrío. Lejos estaba de pensar aquella madre, tipo raro de abnegación y humildad, que por ley fisiológica indeclinable estaba decretado que descendientes suyos nacerían todavía en cadenas, como fatalmente sucedió. Juan Antonio Chavarría, hijo de María Calvo y nieto de Ana, arrastrado por amor ciego e impetuoso, incapaz de cejar ante consideración alguna, contrajo matrimonio con esclava de don Tomás López del Corral; y esclavo fué, con arreglo al Código de Indias, el fruto de esa unión, hasta que el padre logró reunir el dinero necesario para la redención de esposa e hijo.

El caso de Ana Cardoso, es, *mutatis mutandis*, el de innumerables esclavas de la colonia que, comenzando en un principio, por ser mero instrumento de placer, concluyeron por verse exaltadas al rango de fundadoras de familias distinguidas, las cuales, andando el tiempo, habían de escalar las eminencias sociales, sin excluir los primeros puestos de la iglesia y del Estado. Todo por la fortuita y bendita fusión de sangres.

(Inédito)

D. Pérez Zeledón

Cree el soberbio que la tierra fué hecha para servirle de pedestal, porque tiene la pluma fácil o la palabra de colores, y acusa de incapaz e irremediable a su república nativa, porque no le dan sus selvas nuevas modo continuo de ir por el mundo de gamonal famoso, guiando jacas de Persia y derramando champaña.

Un principio justo, desde el fondo de una cueva, puede más que un ejército.

A esa literatura se ha de ir: a la que ensancha y revela, a la que saca de la corteza ensangrentada el almendro sano y jugoso, a la que robustece y levanta el corazón.

El hombre sincero tiene derecho al error.

Todo el que posee en demasía una cualidad extraordinaria, lastima con tenerla a los que no la poseen.

Quien no sabe excusar y admirar, es infimo.—JOSE MARTI.

Los Monos del Mar Muerto ⁽¹⁾

Didst thou never, O Traveller, fall in with parties of this tribe? Meseems they are grown somewhat numerous in our day.—Carlyle.

Tribu de hombres que no hicieron uso de sus almas porque no las tenían o porque las habían sepultado en sentinas infernales. Olvidaron las sagradas leyes de la Naturaleza y prontamente se cumplió el designio de las Erinias, quedando «cambiados en monos», haciéndole muecas al Sol desde las ramas de los árboles.

Y tu Maestro Carlyle, a quien vemos con el pelo emblanquecido, hiciste para nosotros, viajeros de este rincón diminuto, la interrogación escudriñadora? Restos de la tribu hechizada cuelgan de los artesones dorados de un templo que en otros lugares es santuario en donde las almas desvahan los miasmas de la ignorancia. Aquí es ahora mar muerto en donde se acalló el misterioso rumor de las olas que a ratos parecían reventar en el propio firmamento. La vida de un tiempo verbeneó serenamente y al trabajar en la espiral del caracol imprimió armonías que ahora halagan los oídos de los restos de la tribu. Pero esa no es la vida que se agita y se mueve, y sin embargo cada señor del árbol está muy orondo haciendo que oye.

Jerigonzas, no las aladas de los

niños, salen de las bocas afiladas de los qué, achicado el círculo de la mente, forman el segundo círculo infinitamente más pequeño. Creen que la labor del que sabe porque convirtió por discernimiento su vida en un perpetuo batallar en las ondas de la luz, es semejante a la del que erró su camino que era quizás el de tañedor de guitarra o de gravador en coco, y se sintió en un oscuro instante, lanzando al espacio el mismo pendón. Intrusos que erraron el sendero y recogidos en los umbrales del palacio santo forcejean y penetran sin recato. Ya en el interior remedan y una catarata de muecas brota de sus caras lampiñas.

Es el rosal el que produce rosas. Y vosotros los que ahora «amontonáis las nubes»... de reacción, habéis siquiera plantado vuestro rosal? Sin embargo os preparais para producir la rosa majestuosa. Que no sea la majestad de la nube que la roba al Sol!

Que el achatamiento de los intrusos sepulte la obra de don Roberto Brenes Mesén, pero que no la plagie.

Octavio Jiménez

Octubre de 1918.

(Inédito)

(1) Con motivo del acuerdo del Consejo de Instrucción Pública encargando al señor Gagini la elaboración de nuevos Programas de Educación Primaria.—O. J.

Honran y sirven a su pueblo los que, aun fuera de justa medida, premian en nombre de él la fe en su porvenir y la fidelidad a sus ideales.

Venérese a los hombres de religión,

sean católicos o tarahumares; todo el mundo, lacio o lanudo, tiene derecho a su plena conciencia; tirano es el católico que se pone sobre un indú, y el metodista que silva a un católico.—JOSE MARTI.

Ecos de la Exposición Preocupaciones (*)



Trabajos de fotograbado, fotografía y placas de bronce para puertas, presentados por don Pablo Baixench a la Exposición Nacional y que obtuvieron medalla de oro.

Esta mañana, al remover una era, he comprendido la misión del estiércol. El es también emisario de la vida. La trasmite a la flor y al fruto, y, desintegrándose, a su modo crea y florece. Y esto es lo más admirable: cuando florece, perfuma.

Ya no se allegan entonces las moscas a la tierra en que mora, sino que sobre las corolas que sustenta, extienden su ilusión las mariposas.

¡Bendito sea el estiércol!

II

Rubia, y una evocación como de ámbar, como de ópalos, era una aura en torno a su paso.

Tímida, y tras sus miradas se recogía temblando todo su ser, en una lejana intimidad, impenetrable de silencio.

Y era serena!

Su don era la sonrisa. Su sabiduría el perdón. ¿Su amor?

—Qué es de ella? — Pregunté al amigo.

—Sueña.

—En dónde? Pregunté; y agregué: en dónde?

—En su corazón. Sueña que es la luz, y piensa en el mundo sólo para encantarlo.

Omar Denzo

(Inédito).

(*) Hacen parte de un librito que editará el Sr. García Monge, con el título de PREOCUPACIONES DE UN PEQUEÑO CULTIVADOR.

Ciencia, y libertad son llaves maestras que han abierto las puertas por donde entran los hombres a torrentes, enamorados del mundo venidero.

Las fuerzas extraordinarias, en los hombres como en las tierras, por coartadas y oscurecidas que anden, surgen siempre.—JOSE MARTÍ

De "Concherías"

En febrero

Recostada en el pretil que coronan frescas guarías, bajo un coposo naranjo que abrumado se desmaya al peso del cundeamor que con mil brazos le abraza, está Lina, la doncella más guapa de la *Pitaya*. Lleva una flor en el seno, fragante rosa escarlata, no tan roja cual sus labios ni tan linda cual su cara; igual solo en el aroma que despide la muchacha, toda salud, toda vida, toda vigor, toda savia. En espera de su primo se ha vestido de gran gala, camisa con lentejuelas crespas, vistosa, escotada; llena de encajes y cintas como antaño se estilaban. A la cintura un rebozo de seda tornasolada en que entran tonos diversos que forma brillante gama. Roba discreto pañuelo parte del seno y la espalda, pero es inútil su empeño que la golosa mirada en lo que ve se deleita y adivina lo que falta. El delantal es muy corto, algo menos que la falda, y el fustán de fino lienzo, que con sus manos aplancha, cuando ella mueve su cuerpo parece que se quejara.

.....
Tiene quince años la niña;

mas ya las mieles amargas, esas que nos dan la vida y que siendo vida matan, han herido el albo seno con la ponzosa daga, y la joven sueña mucho, aunque despierta se pasa. El ciguecillo travieso habló quedo á la zagala: quién sabe qué la diría que al recordar sus palabras ó suspira ó se sonroja, ó se enciende en dulces ansias.

.....
En un potro, cabos negros, luenga crin, robustas ancas, casco firme, frente erguida, largo cuello, piernas largas, breve oreja, cola enhiesta, respa, brillante, esponjada, viene Luis el joaquinaño, el hijo de «tía Pascuala», caracoleando el caballo al que espacio propio falta para lucir su donaire, para dar viso á sus gracias. Usa sombrero de pita, legítimo jipijapa; viste chaqueta de paño, el pantalón es de pana y le envuelve la cintura una caprichosa faja de seda roja con flecos que hasta la rodilla bajan. Al pico de la montura, que artista criollo adornara, va la terrible realera, una realera probada en más de un lomo robusto, en más de una recia espalda:

una realera que tiene un poco más de la vara, filosa cual la calumnia y cual la inocencia blanca. Detiene el joven su potro frente al pretil de la dama, deja las cuantas plumas y luego lo sienta en raya. Ata las riendas al pico, le saca unas cuantas plumas y casi oculta en el vaho que el sudoso cuerpo exhala: y después de un *buenas tardes* da la mano á su adorada. De los labios de los mozos no se escuchan más palabras. Ambos se ven y se miran, ambos suspiran y callan. El está como la cera; ella está como la grana. Los viejos que los atisban del corredor de la casa, maliciosos y risueños así dicen en voz baja: —¿Te acordás de aquella tarde? —¡No habia de acordame, vaya! —Vos fuiste la que empestaste! —El que empezó fué tu tata... Si él no me hubiera empujado... —Petra, unque no te empujara... y ambos se miran y rien con sus bocas desdentadas y se quedan silenciosos pensando en glorias lejanas. Mientras tanto desde el cielo el sol sus rayos derrama y, á lo lejos, un jilguero, ejecuta una romanza y en el seno de la tarde sus frescas notas desgrana.

Aquileo J. Echeverría

De la Exposición Nacional

Los Cuadros de Povedano

La exposición de pintura este año, si no tuvo para el público la sugestión y el encanto que el año pasado, si nos ofreció, en cambio, la oportunidad de admirar los cuadros de los maestros que antes rehuyeron su valioso concurso.

Entre ellos, don Tomás Povedano, a quien debemos en Costa Rica el fomento de la Escuela de Bellas Ar-

sias de nuestro poeta nacional Aquileo Echeverría.

Para apreciar con exactitud este cuadro laborioso, es preciso conocer los versos de Aquileo. La pintura se ajusta plenamente al motivo del poema y los personajes tienen el mismo valor real. El artista dejó su visión emocional en el cuadro. La luz define el momento en que sucede la



tes y que tan desinteresadamente trabaja entre nosotros, exhibe varios cuadros de mérito: De «Concherías», «Orquídeas», «Muchacho tocando la dulzaina» y otros.

Es indudable que en todos está presente la mano del maestro; pero nos llamó la atención: ese cuadro regional que dominaba la sala, inspirado felizmente en una de las poe-

escena y apreciamos así la justeza del colorido que se diluye en tonalidades suaves hacia el fondo para dejar el mejor relieve a las figuras centrales. La casa por ejemplo, parece envuelta en una neblina tenue, la jaulilla apenas se nota y parece perderse el trazo allí donde comienza lo que es esencial. Talento de artista que pone el ojo en inmediato

contacto de interés. La ejecución de las figuras es de difícil procedimiento y se muestra, sin embargo, noble y franca, así como en el trazo detallado del fondo y del naranjo, que está en primer término.

Algunos han querido censurar esta hermosa concepción regional diciendo que parece un cuadro andaluz por el conjunto y que la «conchita» también es andaluza. Pero se ignora al hacer tal afirmación que el original de ese paisaje puede verse, como lo hemos visto nosotros, desde los balcones de la casa del señor Povedano. Que la mujer tenga un tipo andaluz no sería censurable si se toma en cuenta que ha servido de modelo una niña costarricense y que, por el contrario, debemos complacernos de ese parecido que ello es un claro testimonio de que Costa Rica ha sabido conservar en sus mujeres el noble abolengo de la madre España.

A nosotros nos parece que el cuadro, en general, está sujeto a reglas rigurosas de perspectiva y que el ambiente es el nuestro en esa vegetación de *plein-air*. La expresión de los personajes es natural, hay corrección de dibujo en las figuras, seguridad en el trazo y espontaneidad en los detalles del cuadro. Los dos viejecitos son proporcionados en la distancia en que están. Imaginémoslos de pie y nos daremos mejor cuenta de su exactitud. Pero lo más saliente del cuadro será siempre el caballo. El pecho de la bestia tiembla, las carnes vibran, las crines saltan y en todo parece tener la inquietud briosa del caballo parado en raya. El mozo, en su actitud airada, está bien. Así debe llegar a la casa de su enamorada, casi orgulloso. Los detalles que hacen característico a nuestro campesino, los tiene esa figura. Ella con sus pies descalzos, desarrollados libremente, está en la ruburosa actitud de la mujer tímida que espera.

El conjunto, pues, de *En Febrero* de «Concherías», nos parece admirable; y plausible la generosa idea del artista dejando en la belleza del lienzo la otra bella concepción de nuestro poeta tan celebrado.

Nosotros, que siempre quisimos insistir sobre la necesidad de «nacionalizar», miramos con regocijo esta producción del maestro.

Las «Orquídeas» es un cuadro sobresaliente; nos pareció de un procedimiento bellísimo: tiene todo su color y da una sensación real. El gorrión tiembla, sus alitas vibran nerviosas allí y zumba de fruición ante la flor que liba.

El «Muchacho tocando la dulzaina» merecería un comentario largo que no nos lo permite el poco espacio de que disponemos. Es un cuadro vivo, armonioso, jovial.

Hemos querido resumir en esta nota una impresión personal, que nos prometemos ampliar para nuestro gusto. En tanto, agradezcamos al maestro espiritual estos momentos de belleza que nos ha dado y aplaudamos su labor, aplaudámoslo a él que ya ha sentido tantas veces sobre su frente la unción del triunfo verdadero.

Eugenio de Triana

Setiembre de 1918.

Quien se da a los hombres es devorado por ellos; pero es ley maravillosa de la naturaleza que sólo esté completo el que se da; y no se empuja a poseerla hasta que vaciamos sin reparo y sin tasa, en bien de los demás, la nuestra.

A lo transitorio se esclavizan y venden los que no saben descubrir en sí lo superior y perdurable.

Lo real es lo que importa, no lo aparente. — JOSE MARTI.



DOÑA EMILIA SOLORZANO DE GUARDIA

Doña EMILIA SOLORZANO DE GUARDIA

1835 - † 1914

En los libros de bautismos de la parroquia de Alajuela se puede registrar esta partida: María Emilia, hija legítima de don Rafael Solórzano y de doña Canuta Alfaro, nació el 8 de diciembre de 1835.

Cuenta la tradición que en la isla de Martinica, una especie de bruja vaticinó a Josefina, cuando era una niña, su maravilloso destino, que la llevaría a un trono más alto que el de las reinas.

Iguero si ocurrió en Costa Rica cosa semejante, cuando en el hogar pobre de sus padres, como una crisálida que rompe sus ligaduras de seda, se preparaba en la sombra familiar de una ciudad de provincia el glorioso advenimiento de la belleza soberana de doña Emilia, pero es lo cierto que entonces se inculcaron en su corazón profundos sentimientos de piedad y de conmiseración para los descalidos. Agréguese también el hábito del trabajo, la sencillez de costumbres, la afabilidad del trato y se habrá caracterizado a una de nuestras más singulares matronas.

Su matrimonio parece un poema de amor. Don Tomás Guardia la conoció jovecita en Alajuela y guardó un dulcísimo recuerdo. Peregrinó, se casó en Nicaragua, perdió prematuramente a su esposa y se alistó en la campaña nacional. Su bravura en San Jorge, la orden del día del General Cañas tan honrosa para el que fué uno de sus edecanes, y la herida que recibiera en esa acción son del dominio de la historia. Cuando convalecía en Puntarenas, reanuda sus relaciones con la familia Solórzano y ofrenda su corona de laureles a los pies de la señorita gentil que estaba en el apogeo de su belleza. Contrajeron matrimonio cuando aun no había terminado aquella época heroica, cuando apenas llegaban al país los ecos de la segunda jornada de Rivas, el 18 de abril de 1857 y el Coronel Guardia realizaba su sueño de juventud en visperas de regresar tal vez a los campos de batalla; pero sobrecino la paz el 1.º de mayo del mismo año y pudo saborear las dulzuras de la vida familiar.

Desde 1870 hasta 1882, doña Emilia ocupó el primer lugar en nuestra sociedad, fué más que la señora del Presidente; sus blancas manos hacían pensar en un invisible cetro y su frente real en la diadema.

Realizó dos largos viajes por Europa, visitó España, Italia, se prosternó a los pies de Su Santidad, admiró despacio las maravillas de Londres y de París y pensando siempre en su patria, trajo de la Ciudad-Luz el contrato para un Colegio de niñas que al principio fué establecido en su ciudad natal con espléndida protección.

Se discutirá eternamente sobre sistemas de enseñanza, pero quien conoció a la Madre Raquel de Sión, la de aristocrático semblante y penetrante magnetismo, sabe lo que es una genuina modeladora de almas femeninas; y los resultados acreditan en nuestra sociedad la bondad de la institución que aclimató en el país doña Emilia.

Conocida la ternura de su alma, no es aventurado decir que fué ella colaboradora eficaz, quizás inspiradora de una de las medidas de Gobierno que dejan huella gloriosa en nuestros anales: la supresión del patíbulo.

Amaba doña Emilia el traje suntuoso, con que su esposo complaciase en admirarla como Soberana de su Corte y brillaba entre las joyas que mezclaban sus fulgores, en el artístico peinado o en la blancura marmórea de su cuello, pero por rico que fuera ese tesoro, nada sería más grato para su espíritu delicado que la página del decreto de inviolabilidad de la vida humana en que se conserva la firma del General Guardia.

Al cumplir sus bodas de plata, desapareció del mundo su compañero y terminó la vida oficial de doña Emilia. Su programa fué entonces invariable. Muy temprano asistía al oficio divino con edificante recogimiento y el resto del tiempo lo dedicaba a las mi' atenciones de su existencia familiar. Sus hijos y sobrinos, más tarde los tiernos capullos de sus nietos, endulzaban su viudez y los recuerdos de la ancianidad y los consejos sanos que marcan el sendero para las nuevas generaciones, se recogían de su boca con veneración y cariño.

El 18 de julio de 1914 falleció en esta capital la noble señora. La sociedad entera se apresuraba a cubrir de honores y de flores sus mortales despojos; pero por una disposición testamentaria el acto del entierro se ejecutó con sublime sencillez y su tumba sólo se distingue por el símbolo de su fe, la cruz del Redentor.

Tal pensamiento nos evoca el recuerdo de un Príncipe de la Iglesia, que fué más que un alto dignatario de la tierra, pues demostró en vida y al morir que no usurpaba su reputación de santidad.

Frufrú

Era toda una linda chiquilla, a pesar de su cuerpo delgadocho. Cuando yo la conocí, llevaba la cabeza pelada al rape, a causa de una fiebre, lo que daba a su fisonomía cierta gracia picaresca de pilluelo; se la hubiera confundido con un estudiante disfrazado de mujer, si sus grandes ojos azules, que fulguraban ardientes bajo el arco de oro pálido de sus cejas, si su boca pequenita, fresca y gruesa, si su voz y el contoneo de su cuerpo gentil no pregonaran la magia, la sal, la invencible e inimitable femineidad, el *quid divinum* de la mujer: la gracia.

Lo que más me cautivaba era su boca, boca de tentación, animada siempre por un mohín malicioso, un poco salida como en eterna espera de un beso.

Te aseguro que era verdaderamente linda; y Arturo al decir eso, se relamía los labios, como quien paladea un manjar exquisito o cata un buen vino. Nada, hijo—agregó,—que la chiquilla me puso loco desde que le eché el ojo encima.

Hubo reciprocidad.—Al principio sucedió lo de siempre, el proceso natural de esas pasiones de muchachos: miradas, plantones de esquina, una palabra cruzada al vuelo, cambio de flores y pañuelos, y después carta-, cartas volcánicas, incendiarias.

Domingo, antiguo criado de la casa, nos servía de Mercurio. Cada vez que veía asomar su ancha cara honradota y encuadrada en unas pobladas patillas grises y ásperas, me daba un vuelco el corazón.

Traducía, no sin trabajo, la carta llena de puerilidades, de lirismos románticos, y salpicada de los puses y mases que son como la salsa inevitable de las epístolas femeninas.

Comenzaba entonces a cometer mis primeros versos; pero qué versos!: verdaderas letanias de fuego. Poesía de relumbrón en que la llamaba diosa, hada, nereida, estrella y qué sé yo.

Antes de continuar el relato debo advertirte que la heroína se llamaba Berta y era hija única de un riquísimo matrimonio burgués.

Sucedió que en una de tantas, como era natural, fué a dar a manos del padre una de mis cartas con su aditamento poético. Por el momento se enfureció, habló de despedir a Domingo y de volver y tornar; pero reflexionando en calma y después de una larga conferencia con su esposa, resolvieron seguir la broma a la chiquilla, no viendo en nuestros amores más que un juego sin consecuencias. Casi me vuelvo loco el día en que recibí la carta de mi

Berta en que me anunciaba que su padre consentía en que visitase la casa los domingos. La noticia contaminó de mi entusiasmo a todos los compañeros, y de común acuerdo decidieron votar un empréstito extraordinario y a escote, para comprarme un vestido adecuado al importante papel de novio oficial de una niña rica. Toda la semana se pasó en preparativos. Alguno propuso que fabricásemos frases especiales para responder a las preguntas probables del futuro suegro, y hasta hubo quien me aconsejara que las pusiera en verso.

Llegó por fin el suspirado domingo. Con el alba abandonamos nuestros pobres y duros catres de estudiantes, y al baño. Todos pusieron mano en mi cuerpo, quién con la esponja, cuál con el jabón, el de allá echándome agua, y todos atentos a que no me quedara sobre la piel ni un átomo de polvo.

Después siguió una escena curiosa. Todos me brindaban la mejor de sus prendas íntimas. Yo resumía el orgullo del colegio, era el portaestandarte de sus vanidades; mi derrota les habría abrumado como un mal común. Todos me acompañaron hasta cerca del palacio.

¡Cómo me latía el corazón cuando pisé la primera grada de aquella regia escalera! Temblaba como si al final de ella me esperara la guillotina. Ya en la puerta del salón, encontré al viejo Domingo, cuya cara amiga me tranquilizó un poco; pero cuando apartó el cortinaje empujándome suavemente y oí que me anunciaba con el pomposo título: de *el novio de la Señorita*, volvió a apoderarse de todo mi ser un miedo cervical.

En el fondo del salón estaban los padres; Berta sentada al piano; y un falderillo finísimo, tendido sobre una blanca y rica alfombra, completaba el cuadro. Avancé unos pasos y me detuve cortado sin atreverme a seguir. El padre, que quería sin duda explotar bien la nota cómica de mi situación, se levantó ceremoniosamente como si recibiera la visita de un Príncipe, y haciéndome mil cortesías me dijo: «Pase adelante, caballero; bien venido sea el poeta»; y ahuecaba la voz enfáticamente. Berta interrumpió su vals, y resuelta vino hacia mi algo colorada y como yo, poseída de un frío intenso. Me brindaron asiento entre los padres, y Berta se colocó al frente.

En vano llamaba en mi auxilio la memoria: nada; no acudía ninguna de las lindas frases meditadas. Mi turbación regocijaba al padre que reía con risa burlona, desbordada. La madre, más humana, acabó al fin

por apiadarse, y comenzó a hacerme preguntas sobre el nombre de mis padres, el lugar de mi nacimiento, etc. Poco a poco volví en mí, recobré mi audacia, y con entusiasmo y calor hablé de mi porvenir, aproveché la primera ocasión que se presentó para mostrar mis certificados de buena conducta, de aplicación, religiosidad y hasta de aseo, y acabé por alardear de la caballerosidad de mis intentos, de las miras honestas que respecto a la niña abrigaba. Sería abogado dentro seis años, haría dinero en uno más y me casaría después. Los padres parecían creerme todo lo que les decía, y acabaron por dejarnos solos, marchándose a pagar sus visitas.

Berta me enseñó entonces su casa, un verdadero palacio, atestado de cuadros y muebles riquísimos. Lo que más me sorprendió fué su cuarto de costura, primorosamente alhajado con mil frusterías vistosas, y su alcoba decorada de blanco, alfombra, cortinajes, todo, hasta el lavabo de mármol blanco, que parecía un altar consagrado a su pureza de virgencita casta.

Poco a poco, los viejos me pusieron cariño; el padre por interpósitas manos, las de un pariente mío muy cercano, puso en las mías un par de vestidos cabales, desde sombrero hasta zapatos. Además de esto, Berta me regaló un relojillo de oro con mis iniciales. Así pasamos alegremente unos cuantos meses, entre la satisfacción de habernos visto y el deseo de volvernos a ver.

Vino Mayo, trayéndome entre sus flores una horrible amargura. Berta cumplía años el doce de ese mes y había sido prevenido por ella misma. ¿Qué le obsequiaría? Dios mío, qué congoja!

Domingo llegaba todas las semanas unas dos veces al Colegio, portando regalitos de Berta: a veces dulces o pastelillos y llevaba en retorno algún ramillete de violetas o de rosas de nuestro jardín. A veces no podía enviarla ni aún eso, pues la piadosa señora del Director, despoblaba materialmente el jardín para ofrendar a sus santos. En esos casos, el buen viejo, que quería sobre todas las cosas a la linda chiquilla, único afecto florecido en su alma estéril de solterón, me representaba, comprando él mismo ramilletes sencillos que le ofrecía en mi nombre.

En la semana del cumpleaños de ella, vino y me encontró triste. Tras algunas preguntas le confesé mi pena.—No tengo nada que ofrecerle—le dije—y esto me abruma, no quiero recurrir al medio vulgar de las flores, que es el *quedar bien* de todos, ni a los versos, quisiera darle algo original y que estuviera al alcance de mis recursos.

—Tengo una idea,—me contestó Domingo—acabo de ver en el Mercado un venadito primoroso, por el que piden cinco pesos, es una preciosidad, una monada.—

Me entusiasmé al pronto, pero en seguida volví a mi melancolía pensando en la enormidad de la cifra: ¡cinco pesos! ¡cinco pesos! y me paseaba como un hombre desesperado. Domingo, comprendió lo que sucedía y sin decirme nada desapareció de mi cuarto. Una hora después hizo su entrada triunfal en el Colegio. Traía entre sus brazos el inquieto y asustadizo animalito.—Ahi, lo tiene Ud., me lo pagará poco a poco, como pueda. Berta se alegrará mucho, he encargado un collarcito de charol con un cascabel de plata: quedará lindo. Será sin duda entre todos los regalos el predilecto de ella.—Y el pobre hombre en la ingenuidad de su alegría, se frotaba las manos con delicia. Protesté contra un gasto que no podía cubrir, pero cedi al fin a su lógica cariñosa.—No lo hago por Ud., no; por Berta, a quien quiero como a mi hija; además, Ud. me pagará cuando sea abogado; ya sabré yo cobrarle con intereses. Lo abracé fraternalmente, como a un buen amigo.

El sábado, el 12 llegó mi humilde y rara ofrenda. El padre entusiasmado por la alegría intensa de su hija, tuvo la atención de escribir al Director, solicitando licencia para mí, que me fué otorgada. La casa estaba llena de chiquillos y chiquillas ricas, lindamente ataviadas. Había lo que en todas las fiestas de muchachos: risas, algazara, entusiasmo. Al principio se me miró por encima del hombro, pero abandonaron la hostilidad, al verme del brazo de Berta; protegido, mimado, escudado por ella. Acabé de conquistar la general estimación con unos versos leídos en el comedor, entre las copas de vinos dulces y las frutas azucaradas..... El idilio siguió, un año, y otro y otro.....

Arturo interrumpió su relato, apuramos otra copa y fumándonos un cigarrillo, mientras él, envuelto en la nube azul del humo, sacudía la cabeza como alejando un pensamiento triste. Recobró al fin su habitual aspecto bonachón y alegre de bohemio incorregible y siguió el cuento.

Luego? Ella se fué a Europa con sus padres. Yo iba de tarde en tarde a su casa; hablaba con Domingo, veía a mi pobre Frutrú que crecía cada vez más y de cuando en cuando contestaba alguna de sus escasas cartas todavía apasionadas y llenas de noticias sobre París. Me dormía entonces soñando con el Arco del Triunfo con la Magdalena, entreveía las severas torres de *Nuestra Señora* el hormiguar de los bulevares y el desfile regio del bosque de Boulogne; todo lo que ella me pintaba en sus cartas.

¿Qué día el de su regreso! ¡Estaba loco! El tren llegaría a las cuatro y yo me planté en la estación desde las nueve. Me paseaba, iba, venía, suspiraba, los minutos se alargaban, eternos. La quería adivinar, y se me presentaba en mil diversas formas:

gorda, delgada, más blanca, más alta, que sé yo! pero siempre linda.

Llegó el tren. Se me salía materialmente el corazón del pecho. Me acerqué a un carro, no, no era allí, corrí hacia otro, la silueta del suegro me indicó su paradero. Me abalancé, allí estaba enrojecida por la emoción, divina con su traje francés, con su sombrero de anchas alas y su amplio velo iris. Qué cambio, Dios mío! el capullo convertido en mariposa, la chiquilla hecha mujer. Aquel cuerpo flacucho redondeado ya, prominente el seno, la cadera desarrollada, en fin, el sexo definido, y qué garbo, qué chic, qué elegante distinción. París la había contagiado. El Sena lavó su cursilería de criolla americana, y la ungió con el óleo de su gracia inimitable, dándole ese no sé qué, esa puerilidad que constituye el alma de su avasallador dominio, el sello de su *esprit*.

Los primeros días todo marchó muy bien, como antes, después.....después se presentó un joven rico, algo mentecato, pero todo un gran partido.

Quiero abreviar porque estos detalles me martirizan. Un día, fui plantado en mitad de la calle.

Berta protestaba, pero todos se confabularon contra mí y acabó por ceder.

El día de sus bodas, lloré, lloré mucho y escondido en el hueco de una puerta presencié el lujoso desfile de la concurrencia. Estaba pálida y linda, perdida entre la gasa vaporosa de su traje de novia, radiante bajo el nimbo albo de su corona de azahares, que resaltaba entre el oro suave de sus blondos cabellos artísticamente arreglados.

Me sublevó, eso sí, la cara apoplética del viejo, que parecía pregonar con su aspecto risueño, la alegría vil de su buen negocio.

Arturo volvió a interrumpirse, su voz estaba como embargada por los sollozos y sus ojos chispeaban con el fulgor siniestro del odio.

Sigue,—le dije,—sigue.

El cortejo, llegó por fin al palacio. Ya puedes imaginarte cómo estaría la casa. El salón atestado de gente; apretones de manos; cumplimientos de oficio; después el anuncio de la comida el sacramental: *Madame est servie*.

Luego, es de suponerse, el concierto alegre de las copas que chocan, el ruido del servicio, la conversación general regocijada, suspendida por segundos entre bocado y bocado, y el vino corriendo, corriendo como un río de fuego, coloreando mejillas, desatando lenguas, encendiendo ojos, alentando ánimos. Después de una serie de platos exquisitos, siguió un *filete de venaison* sabrosísimo: todos pidieron repetición y en un momento dió aquel centenar de personas buena cuenta del famoso plato.

El novio, medio achispado, no se preocupaba de la comida por atender a Berta, que estaba pálida, triste, contrariada.....

De pronto, la sorprendió el rumor de unas risas y puso oído atento. Sí, decía uno de sus primos, nos acabamos de comer el venado del poeta, el famoso *Frufrú*. Berta se estremeció. Su esposo lo había oído también, y picado por la cólera que a las claras manifestaba su mujer, apuró un vaso de vino, el número once, y para mortificarla en público, comenzó a pedir que le trajeran su parte de venado, el venado de mi rival, decía riéndose estúpida-mente: «yo quiero de esa carne, yo quiero de esa carne», gritaba con tenacidad de borracho. Quiero de la carne de *Frufrú*, *Frufrú* y reía como un loco. Eu vano los criados le manifestaban que se había concluido. «Quiero de esa carne, repeta, del regalo del novio, algo debe de quedar para mí. ¿Entienden? algo. Yo lo pido, yo lo deseo; lo exijo, decía entre risueño y colérico.

Berta acabó por contraer los párpados, una lágrima asomó entre ellos y agrandándose, agrandándose rodó por su mejilla.

● Domingo que había asistido a la escena se puso furioso, al ver llorar a su señorita; se acercó al esposo y le dijo: «sí, algo queda y yo mismo se lo serviré». Calmado por esa promesa volvió a caer sobre su silla.

A poco apareció Domingo: sobre una rica fuente de plata traía la cabeza ensangrentada de *Frufrú*.

Y el novio miró atónito y embobado, la espléndida cornamenta que ante él se alzaba como terrible y muda predicción.

Aquileo J. Echeverría

De *Cuartillas*, abril de 1894.

Es culpable el que ofende a la libertad en la persona sagrada de nuestros adversarios, y más si los ofende en nombre de la libertad.

El pueblo más grande no es aquel

en que una riqueza desigual y desenfrenada produce hombres crudos y sórdidos y mujeres venales y egoístas; pueblo grande, cualquiera que sea su tamaño, es aquel que da hombres generosos y mujeres puras. — JOSE MARTI.

Las Conferencias de García Monge en el Ateneo

Sarmiento

Quinta Conferencia. Tuvo lugar el 15 de setiembre en el salón de actos del Ateneo a las 2 de la tarde y terminó a las 4 y 30. Se trató en ella de Sarmiento viajero, en primer lugar. (1845-47 y 1865) Dice Sarmiento: «Tengo una curiosidad insaciable, inextinguible. Nadie habrá visto más que yo aunque muchos habrán viajado más». Hay que imaginárselo pegado al vidrio de la ventanilla del tren, desde que amanece hasta que anochece, siempre mirando, alegre, silencioso, contemplativo. Bosques, fábricas, villas, sembrados, estampas, arquitectura, todo lo había mirado bien. «He adquirido—dice—la facultad de ver, de medir, de comparar, de observar, de contemplar, de recordar».

Anduvo por Europa y los Estados Unidos buscando menesteres de civilizar: libros, semillas, instrumentos de agricultura, espartería, peces, gusanos de seda, eucaliptos. Le veremos preocupado de estudiar las fiestas populares como ejercicios de la libertad, la elegancia de la arquitectura, el cultivo del maíz, las asociaciones y exposiciones agrícolas, la ganadería, las concesiones de tierra, la fabricación de muebles, los ferrocarriles, los cementerios, los presupuestos municipales, las asociaciones de maestros, los informes de educación, etc. Se prepara el futuro presidente.

El habla de los viajes para adquirir las nociones prácticas de la vida, que dan solidez y oportunidad al pensamiento del hombre de Estado. El haber cambiado de lugar tantas veces le dió penetración para juzgar su país. Confiesa: «tengo todos los sentidos comunes (modos generales de sentir los países) de las naciones en que he vivido». A sus rebelaciones de los Estados Unidos les da una importancia capital. «Descubrí un mundo y me adherí a él. Una chispa traje: lo que tenemos aquí de escuelas». «Los Estados Unidos son la resultante de la historia pública humana. Allí se labora por las instituciones, las cifras y el trabajo industrial, el mundo venidero». Martí dirá con razón: Sarmiento sentó a la mesa universal a su país y lo puso a jugar con modelos de escuelas, de máquinas norteamericanas de ferrocarriles. En Estados Unidos conoció y admiró a Emerson y a Horacio Mann, a quien llama el patriarca de ambas Américas. Es proverbial su devoción por Franklin, a quien llama su Santo Patrono. Dice Sarmiento: «los viajes son el complemento de la educación de los hombres. El contacto con hombres eminentes eleva el espíritu y perfecciona las ideas». En Nueva York publicó

la revista *Ambas Américas* para hacer llegar a cada punto del continente un gran pensamiento, con las nociones prácticas y los medios de llevarlo a cabo. En Argelia estuvo para ver cómo colonizaban los franceses. No quiere ver cosas que a nada útil conduzcan.

Matrimonio de Sarmiento en 1848, con doña Benita Martínez. No resultó. En cambio, tuvo una predilección sin límites por Dominguito, hijo del primer matrimonio de la señora Martínez. El último libro de Sarmiento refiere la vida de Dominguito muerto en la guerra del Paraguay. Son páginas sentidas, poéticas. A la vez es un tratado de educación.

Educación Popular. «Es el libro que más estimo—dice Sarmiento; a él confiara la guarda de mi nombre.» Es su programa de educación popular. Guiado por Horacio Mann traje a esta América la educación común. Denle patria a donde trabajar y hará efectivas las observaciones y doctrinas de este libro. A su preocupación de la enseñanza la llama Sarmiento su enfermedad crónica. Pensando en la República Argentina, decía el dean Funes: ignorancia y tierras incultas. No olvidará esto Sarmiento. Ignorancia, pobreza. La inteligencia cultivada da la riqueza, que la fomentan los diarios, los correos, la discusión, la libertad. El trabajo es el fundamento de la virtud que tiene su recompensa: la riqueza. La educación enseña a asegurar esta riqueza. Espiritualizar el trabajo en la solidaridad. Las industrias ingeniosas y pacientes que simientan el hogar, la previsión, etc. Cree en la educación que realiza maravillas con cosas simples. Al inaugurar la escuela de artes y oficios de Lima en 1864, dirá: seamos libres de esta otra servidumbre: la ignorancia de las masas. Disciplinemos soldados para la riqueza y la libertad por la difusión a manos llenas de la ciencia.

Objeto político de sus empeños de 76 años: Sólo la escuela puede llevar al alma el germen que en la edad adulta desenvolve la vida social. Introducir esta vacunación para extirpar la barbarie insumida en nuestras venas. Luego: escuelas y poblar. En los sentimientos nacionales más que en las instituciones, hay que hacer una profunda revolución en esta América. Remedio: emigración europea y educación popular, en otras palabras, nivelarse y educar al Soberano. Para ello, traducciones, escuelas, bibliotecas, educadores extranjeros, orientaciones morales, espíritu científico.

Su otra gran labor docente, la escuela.

ambulante, semilla de libertad, o sea la biblioteca popular.

Otras de sus ideas educativas: La instrucción es una, la escuela forma el ciudadano completo, la escuela debe al ciudadano el máximo de educación. Enseñanza gratuita en toda su extensión y correlacionada; formar al ciudadano con el mayor número de aptitudes. Apartar a los niños de nuestras discusiones religiosas. Su elogio de la risa: el buen reír educa y forma el gusto. La risa y la alegría como valores sociales: el goce rejuvenecedor de la libertad, que haya en las escuelas gimnasia, música, baile, vida social. Sarmiento dirá en 1865: «No se vieron más las pueriles fiestas... Han suprimido estas superfuidades los sabios y los cuerdos». Seguimos en la misma batalla. A la escuela conventual oponemos la escuela del renacimiento, la escuela griega, sitios risueños, alegres, ejercicios de libertad, de juventud y de dicha.

Como el doctor Castro, le dió gran importancia a la educación de la mujer. El hogar es el asiento de la civilización pacífica. De la mujer depende la suerte de los países, de los estados.

Quiere ennoblecer el ejército por la educación.

Largas conferencias tuvo con el doctor Emerson sobre educación pública. Esta es la observación profunda de Emerson en cuarenta años: es inútil rentar las escuelas, organizarlas, inspeccionarlas, si en cada villa, población o ciudad, no hay un vecino que por puro amor a la enseñanza no las cuide y visite. Donde quiera que las escuelas van bien estamos seguros de que hay un buen filántropo que no las pierde de vista; donde van mal es porque falta.

Finaliza la conferencia del maestro García Monge, poniendo de relieve el mensaje de Sarmiento como educador Americano.

Los hombres se dan patria para tener libertad y justicia. La ignorancia impide el triunfo de la libertad. Hay que educar. La escuela hace la patria. El maestro es un

hacedor de patria. Es un civilizador. La ciudad, la patria, la civilización, son ideas. La democracia permite conquistar la civilización y la riqueza. El maestro es un factor de democracia, un propogandista espiritual de la democracia. Bajo el humilde empleo de maestro está el sacerdocio de la libertad y de la civilización.

Ahora se justifica el siguiente telegrama que el conferencista, como Director de la Escuela Normal, dirigió el 13 de setiembre de 1917 al señor Cónsul de la República Argentina:

—Sirvase saludar a los marinos de la fragata Sarmiento en nombre de la Escuela Normal de Costa Rica. Mucho nos habria complacido rendir homenaje a esos mensajeros fraternales de la República Argentina. En esta Escuela honramos a su patria perpetuamente en la persona egregia de Sarmiento, formidable fuerza creadora, y uno de los más grandes guías espirituales de nuestra América.—El espíritu de Sarmiento vive en la obra pedagógica que vamos realizando, por intermedio del gran Lugones, otro de los argentinos ilustres que en esta casa admiramos cordialmente. — De Ud. afo., etc.

Pero el despotismo, con su malicia instintiva y la intriga y la rutina, sus secuaces, sospecharon a donde íbamos—dice el conferencista—y nos arrebataron la obra de las manos.

Y para consuelo de orfandades finalicemos con estas palabras de Sarmiento, que supo luchar como bueno:

Nosotros haremos obra humana, llena de defectos, avanzando y retrocediendo, según las resistencias lo permitan o lo impidan; cuando el temporal arrecia, el piloto se tiene a polo seco, porque la lucha es inútil. Esperemos mejores tiempos, que vendrán!

El público, infiltrado plenamente del espíritu del conferencista, correspondió su brillante labor de esa tarde con una entusiasta manifestación de aplausos.

Setiembre—1918

Acusando recibo

El Pequeño Explorador, de Raúl Zamora, de San Ramón; es un cuento dedicado a los Boy-Scouts. Agradecemos el envío.

En el *Renacimiento* de Cartago que corresponde al tres de este mes, se reproduce, con una hermosa nota, el cuento *Primeros y Ultimos* de nuestro colaborador Dobles Segreda y que publicó ATHENEA. Le agradecemos al colega la distinción.

Exposición Nacional de 1918. Este es un folleto interesante, ameno, que hace la historia del café en Costa Rica y trata de impulsar la industria en el país. La casa de Odio & Odio, editando este folleto, se ha hecho acreedora, nuevamente, a la simpatía del público. Al agradecerles el envío, les felicitamos por la medalla de oro que obtuvieron por sus productos en la última Exposición.

Algunas opiniones

sobre *La Senda de Damasco* de Rogelio Sotela

De los Costarricenses:

El título de la obra ya nos dice que Sotela está ganado para las andanzas del arielismo. En realidad, cada poesía enhiesta un ideal hermoso, sugiere un noble anhelo. Y lo que más consuela por ahora es que este gallardo y fino poeta cuenta con las simpatías de la juventud costarricense.

La Obra, No. 5

J. García Monge

San José, 9 de julio de 1918

Muy estimado poeta: No pude esperar más tiempo el prometido envío y, cuando tuve la buena suerte de recibir *el que me corresponde*, ya había saboreado la miel de sus versos y la ternura de sus sentimientos, altamente sentidos y vaciados gallardamente en sus inspiradas rimas.—Ud., amigo mío, y Rafael Cardona, ingenuamente se lo digo, son en la actualidad mis poetas costarricenses favoritos. De su interesante libro, le diré que «*Motivos de Ella*» son las poesías que he leído con más deleite. Es claro: vibran al unísono con mi temperamento. Dichosos los que, como Ud., también pueden cultivar con tanto donaire y galanura esa amable poesía de otro tiempo, tan injustamente menospreciada hoy y de la cual parece usted conservar simpáticas reminiscencias.

Le deseo nuevos triunfos, que celebrará siempre, su affo. amigo,

J. M. Alfaro Cooper

San José, julio 13, 1918.

Mi estimado amigo: Le agradezco en el alma el envío que se ha servido hacerme de su reciente libro *La Senda de Damasco*, que estoy saboreando con el mayor placer, porque es un verdadero panal de miel hiblea, como con mucha propiedad decimos de la obra de los verdaderos poetas.—Lo felicito por esta suya que yo encuentro muy de mi gusto y le doy con mi agradecimiento un cariñoso apretón de manos.

Su affo. amigo,

Rafael Villegas

San José, 12 de julio de 1918.

Mi amigo muy apreciado: Con verdadera ansia devoré las páginas de su libro *La Senda de Damasco*. Aunque yo no haya escrito jamás una composición en verso, sí me juzgo poeta, no por lo que dice el refrán, sino porque sé sentir, con sensibilidad exquisita, cuanto en la Naturaleza puede inspirar al hombre la admiración y el culto a lo bello y a lo bueno. Nada importa que la nieve de los años blanquee ya mi cabeza; mi *yo* no ha envejecido y es él el que siente, como el que más, ese culto a que me refiero. Le doy estas explicaciones para que vea que no es por el prurito de adularle por lo que le digo ahora que su libro me ha hecho ratificarme en el juicio que ya tenía formado acerca de Ud., el cual consiste en llamarle poeta, que es término muy distinto del de versificador. A estos últimos les diría yo: «Usted comete versos» mientras que el primero le demostraría que sus penas, sus alegrías, sus esperanzas, habían tomado posesión de mí, como sucede en todo caso en que se lee poesía.

Su affo. amigo y seguro servidor,

J. Montero Varrantes

San José, 24 de junio de 1918.

Amigo Sotela: Le doy gracias por el obsequio de su libro *La Senda de Damasco*. Ya don José María Alfaro me había hablado de él con encomio. Tiene usted la dicha de poseer una lira para expresar las riquezas armoniosas de su alma joven.

Rómulo Covar

No deja de ser tonto eso de afirmar que es libro de adulación, porque muchas páginas están dedicadas. Lo dice un amigo a quien no tuvo el poeta la idea de dedicarle nada, y es obra de raquitismo. No lo hizo Rogelio por adular, que poco medro iba obtener en ello. Lo hizo porque su libro es un reflejo de su vida. Es el hombre de

la cortesía, de la gentileza, de la frase amable para todos. No tiene odios ni creo que se los tengan, no le amarga la bilis ni le muerde esa serpiente de los celos literarios y sonríe a todos. Quiere regalar muchas cosas porque es bondadoso y como no tiene en el cofre más tesoro que el de sus versos, los ofrece noblemente, generosamente.

£. Dobles Segreda

La Información, junio 1918.

Su temperamento, a pesar de sus tratos con las musas, es el de un hombre equilibrado, y su optimismo está a prueba del frío glacial.

La nota que predomina en su literatura es la del bien, su inspiración es dulce y tierna. Al leer sus poemas imagino contemplar un paisaje argentado de Corot, en que las figuras son sencillas, la luz clara, el fondo de bosques armonioso.

Alejandro Alvarado Quirós

ATHENEA, No. 14

Paris, Junio 15 1918.

Poeta amigo: Acabo de terminar la lectura de su libro. En la quietud de esta noche de primavera, tibia, perfumada y rutilante como nuestras noches tropicales, sus estrofas me han transportado idealmente a nuestra patria. Aquí no habría podido escribir Ud. su *Senda de Damasco*. Paris vive en estado de santa exaltación. Las propias composiciones que en el capítulo El Alma de la Raza se refieren directamente a la gran tragedia, se distinguen más por la opulencia de la forma y el centelleo de las ideas, que por la intensidad de la emoción; y ya que me refiero especialmente a este capítulo, no quiero pasar adelante sin aplaudir a Ud. por su Oda a España, su salmo a Cervantes y sus evocaciones del Quijote. Es preciso, para robustecer y arraigar el sentimiento de nuestra nacionalidad, que sepamos honrar a nuestra madre España. Es Ud. poeta, poeta de veras. Lo es Ud. independientemente de las ideas que exprese: diciéndole a su encantadora prometida esas tonterías que en los labios de un enamorado tienen el sabor y el perfume de una plegaria, lo mismo que remontándose a las esferas metafísicas; cuando celebra la gloria o las dichas de un hermano de letras, o cuando trenza Ud. en magníficos bordados la seda de su fantasía ¿Necesitaré, pues, asegurarle que la lectura de su libro ha sido un regalo exquisito de mi espíritu?

Gracias, muchas gracias por el rico presente de su libro.

Ernesto Martín

La Información, No. 3242.

El alma de este poeta parece reposar primero en un silencio auditivo, arrobamiento que la sume en un motivo de contemplación profunda, que impresiona sus sentidos en variados matices, que exalta el ánimo y hace que irrumpa en armoniosos tonos su cadencioso acento trovador. Resalta luego un dejo extraño de melancolía, que se diluye en el ambiente con la dormida pereza del ensueño y queda flotando cual una seda sobre la amarga realidad. Las enseñanzas que hay en sus versos son sencillas y comprensibles, yo dijera bondadosas, porque nos bienen diluidas en una música, en una prédica serena, que tiene la placidez de una fontana rumorosa.

R. Alvarez Berrocal

La Información, mayo 1918.

La Senda de Damasco de Rogelio Sotela, no fue, no podía ser para mi una revelación. Desde tiempo conozco yo su devoción constante y sin vacilaciones a la belleza pura, en cuyo rito oficia con inquietudes de verdadero consagrado. Sotela canta al son de un caramillo mientras el rebaño, al compás de sus esquilas, es una manedumbre en viaje. La poesía de Sotela es la fácil y dulce poesía del que, atento al ritmo interior de su espíritu, no escucha otra que su propia canción y la escribe sin otro trabajo que el de traducir al lenguaje que entiende el vulgo, el secreto lenguaje de su corazón. Esto, claro está, sin decir que Sotela no sea un cumplidor de los preceptos poéticos, los cuales conoce y respeta. El potro desalado de su inspiración nunca pierde de vista su propio horizonte.

J. Albertazzi Avendaño

La Prensa Libre, julio 1918.

Querido Sotela: He recorrido ya en toda dirección esa su *Senda* que principia a serme familiar, y le soy deudor de horas de infinita dulzura, de blando y melancólico recogimiento. En verdad es usted el *Poeta de Seda* y hay que elogiarle mucho por eso; tanto o más como detestar a los bardos bravios, a los energúmenos del verso, a los Días Mirones y sus discípulos, émulos e imitadores, hasta la cuarta o quinta gene-

ración. De lo que no había leído de usted, lo que más me place son las poesías *Pro-metida*, *Vida Adentro* y *Salmo Lírico en el día de Cervantes*. Esta última tiene una soltura y un aire muy castizos, y vence garbosamente el escollo de la rima triple; la primera está escrita a flor de alma, con sangre del corazón, y son las estrofas tan bien cinceladas, dicen tan cabalmente lo que el poeta y el amado se proponen decir, que maravilla tal dominio de la métrica, criticismo tan severo, en hombre tan enamorado. Y qué decirle ahora de la difícil facilidad con que ha rimado usted esas estrofas que dedica a Brenes Mesén? Estrofas llenas de una fluidez, de un ritmo jovial que acarician el oído. Estos versos suaves, sutilmente hilvanados, lindos, suyos, en fin, merecen abrazo aparte. Y otro muy cordial por la elegancia del libro, pulcro, nítido, como hecho para que por sus páginas,

de aquellos dedos pálidos la tibia llema blanda,
rozara tenuemente con el papel de Holanda.

Su affo. amigo

Camilo Cruz Santos

La Obra, No. 8

X

Julio 8. 18.

Estimado Rogelio: Hace muchos días que recibieron en casa de mi padre el ejemplar de *La Senda de Damasco* que usted ha querido obsequiarme, y que llega a mis manos en el momento en que le envío, muy agradecido, estas palabras de regocijo. No he leído, pues, sino la estrofa inicial. Ud. sabe que la conocía, por motivos que me invitan a releer con señalado cariño. A más de que su obra me lo ha inspirado siempre, y de que en esta hora *La Senda de Damasco* se abre ante la contemplación de mi espíritu como el único camino en que no son fugaces las huellas de los hombres. Estoy cierto y complacido de que su poesía contribuirá generosamente a fecundar en mi corazón todo noble sentimiento de belleza.

Con afecto y reconocimiento,

Omar Dengo

La Senda de Damasco, este es el título de un muy bien editado libro del joven y muy inspirado poeta costarricense, Rogelio Sotela. Todas las composiciones del libro se leen con alborozo y gusto: con alborozo porque se trata de un joven coterráneo que entra con paso resuelto camino del triunfo y la gloria, y con gusto, porque en casi todas ellas hay arte, belleza y corazón.

Enis Cruz Mejía

El Foro, Nos. 5-6

Así como la compleja diversidad de los colores de la Naturaleza, en la apariencia infinitos, pueden agruparse en siete haces, así con los temperamentos humanos. De allí los parecidos que solemos encontrar entre los hombres.

Entre artistas, más allá del sello de originalidad con que pueden presentarse, existe la lejana semejanza interna que la Crítica a veces considera como una deliberada similitud de escuela, rebajando a la categoría de meros accidentes, quizás imitativos, lo que es una profunda analogía del ser interior.— Tal es la que se descubre entre Rogelio Sotela y dos gentiles poetas mexicanos: Manuel Gutiérrez Nájera y Luis Urbina.

Ama como ellos el arco del Amor y se oye a sus espaldas el célico carcaj de flechas aureas. Es la suya una delicada lírica francesa, a ratos mussetiana, en la lengua de Martínez Sierra y Juan R. Jiménez. Por imitación, no. Por temperamento. Delicadeza de concepto. Y a menudo ventura de expresión. Ternura y amor y espiritualidad. Y por sobre todo eso la frescura de una comprensiva simpatía. Su poder de amar le rodeará de amor.

R. Brenes Mesén

Acusando recibo

Del Brasil hemos recibido la *Apología da Bandeira*, del armonioso poeta Augusto de Azevedo. En la dulce lengua de Eugenio de Castro, hemos leído esa exaltada apología que sin duda ha de dar nuevos triunfos al aplaudido autor de *Lilas*.

De México nos han enviado un interesante libro de *Conferencias Pedagógicas* pronunciadas ante el Profesorado de las Escuelas Secundarias del Distrito Federal. Al acusar recibo de este libro que leeremos con cuidado, damos las gracias a la casa editorial.

ALSINA



IMPRESA

LIBRERIA Y PAPELERIA

Inmenso surtido
de útiles
para escuelas

Medalla de Oro en la Exposición Nacional

CREMA IDEAL PARA CURAR LAS GRIETAS

NIEVE FILODERMA

CREMA IDEAL
PARA QUEMADURAS DE LA PIEL

Su acción refrescante y anti-
cética hace que el cutis esté
siempre limpio y terso. No contie-
ne productos tóxicos ni grasosos.

BOTICA FRANCESA

SAN JOSE, COSTA RICA

Pida una suscripción a «El Comer-
cial,» periódico que se edita en esta
ciudad semanalmente.

Se le enviará GRATIS y así ten-
drá Ud. importantes noticias de todo.

Dirigirse al apartado 375